

GUTIÉRREZ DE ALBA, JOSÉ MARÍA (1821 – 1897)

*LA ZONA INTERTROPICAL*

Ventajas e inconvenientes de sus diversos climas

(Correspondencia íntima)

A mi querido amigo de la niñez D. Nicolás Díaz Benjumea

CARTA I

*Sobre las delicias de la tierra templada*

Ahora si estoy contento, amigo mío:  
Vivo en una constante primavera:  
Ni el calor me molesta del estío,  
Ni busco, tiritando, contra el frío  
Abrigado rincón junto a la hoguera.

De la vida de Europa fatigado,  
Donde es todo ilusión, engaño y dolo,  
Aquí encontré un asilo sosegado.  
No siendo ni envidioso ni envidiado,  
No hay hombre más feliz de polo a polo.

De nuestra culta sociedad recuerdo  
Los caprichos, sandeces y manías,  
Que en perderlos de vista nada pierdo.  
Lejos de esa Babel, me juzgo cuerdo  
Y doy gracias a Dios todos los días.

Recuerdo, en el vestido, en el calzado,  
Al hombre siempre convertido en mono;  
A la moda ridícula amarrado,  
Sin atreverse a rechazarla airado,  
Confundiendo el buen tino y el buen tono.

Recuerdo el frac y el ajustado guante,  
La corbata que el cuello mortifica,  
Las apretadas botas rutilantes,

Y otras muchas lindezas semejantes...  
Mas ¿quién a la deidad no sacrifica?

Recuerdo las visitas de etiqueta,  
Donde sólo es verdad el cumplimiento y el mentiroso;  
El enemigo que la mano aprieta;  
La forzada sonrisa, que completa  
Un saludo en que todo es fingimiento.

Y el paseo en lugar determinado,  
En que no entra por nada el ejercicio:  
Especie de revista o de mercado,  
Donde el trapo mejor es máspreciado  
Aunque venga del crimen o del vicio.

Recuerdo las violentas emociones  
Del baile, en que, arrastrando un alma inerte,  
Va el pobre cuerpo haciendo contorsiones,  
El rostro rebosando de ilusiones  
¡Y herido acaso el corazón de muerte!

Recuerdo... Pero basta ya de ultrajes  
A la humana razón; mi alma delira  
Sólo por emprender largos viajes;  
Pero detesto ya los carruajes,  
Que son del movimiento una mentira.

No, no más obelisco en la cabeza,  
Aunque allá lo ponderen con encomio.  
Basta ya de locura o de simpleza;  
Porque la Europa a caducar empieza,  
O forma ya un inmenso manicomio.

No más colmenas de la raza humana.  
Basta ya de ciudades populosas,  
Donde la gente por vivir se afana;  
Donde a nadie te alcanza lo que gana  
Para exterioridades fastuosas;

Donde entre nubes de humo el sol se esconde;  
Donde están las ideas subvertidas,  
Y a la voz del deber nadie responde;  
Do corren todos, sin saber a dónde,  
Atmósfera y conciencia corrompidas.

Vaya el ferrocarril en hora mala:

Sus sentidos en él el hombre anula,  
Y a su maleta o su baúl se iguala.  
Aquí Naturaleza me regala  
Con sus encantos viajando en mula.

Los campos siempre verdes y floridos,  
Las aves siempre alegres y canoras  
Embelesan de gozo los sentidos  
No hay días en el tedio consumidos,  
Rápidas como instantes son las horas.

Los frutos del invierno y del verano,  
Los de la primavera y los de otoño  
Cógense a un tiempo al extender la mano:  
La odorífera poma, el rubio grano,  
La roja fresa, el áspero madroño.

El nardo y el clavel se balancean  
Entre los tallos de la rosa esquiva;  
Las pasionarias en el aire ondean;  
Vistosos colibríes revolotean  
En torno a la modesta sensitiva.

La mirra blanca, el de plumaje de oro,  
Toche (3) gentil, con melodioso acento  
Su voz confunden en sublime coro,  
Y su canto dulcísimo y sonoro  
Entre olas de perfume arrastra el viento.

Desatándose en perlas la cascada,  
Bríndame su corriente cristalina;  
En sus linfas me encuentra la alborada,  
Y exclamo sin cesar: ¡Tierra templada,  
Tú eres de goces mil fuente divina!

Aquí, entre los placeres inocentes,  
Rodeado de libros y de flores,  
Agasajado por sencillas gentes,  
Escuchando el murmurio de las fuentes  
Y los trinos de amantes ruseñores,

Las tristes consecuencias desafío  
Del pecado fatal de Adán y Eva:  
Ven a tierra templada, amigo mío;  
Edén eterno sin calor ni frío...  
No hay pena ni dolor que a esto se atreva.

Aquí el poder divino resplandece  
En bellezas sin término y sin nombre;  
Todo lo grande, allá, se empequeñece,  
Y hasta la obra de Dios desaparece  
Ante la obra raquíica del hombre.

Colombia, Agosto 1881

## CARTA II

### *Sobre los inconvenientes de la tierra templada*

Hace días te escribí  
Con el alma entusiasmada,  
Y tan ampuloso fui,  
Que habrás dicho para ti:  
-«Me voy a tierra templada»

Sabes que mi corazón,  
A todo cálculo extraño,  
Cede a cualquiera impresión,  
Por más que a cada ilusión  
Siga pronto un desengaño.

Dirás que la inexperiencia,  
A mi edad, es censurable;  
Que es un cargo de conciencia;  
Pero... soy por excelencia  
Un ser tan impresionable!...

Los defectos que hay en mí  
No quiero ocultarlos, no;  
Te dije lo que sentí.  
Ya ves, si Dios me hizo así,  
¿Qué he de remediarle yo?

Vi el campo verde y risueño;  
Sentí el aire perfumado;  
De mi emoción no fui dueño;  
Y dije: esto no es un sueño,  
Es un Edén encantado.

Mas pasó uno y otro día,

Un mes y otro mes pasó,  
Y todo igual subsistía,  
Y al fin la monotonía  
Por aburrirme acabó.

En fuerza de la costumbre,  
El placer se me hizo extraño,  
Y dábame pesadumbre  
No hallar calor para el baño  
Ni frío para la lumbre.

Los insectos abundaban  
De tierra fría y caliente;  
Los reptiles me asustaban,  
Porque doquier me asechaban  
Con su venenoso diente.

Las niguas (4), bicho fatal,  
Mis pobres pies invadieron  
Con saña tan infernal,  
Que en cada uno establecieron  
Una colonia formal.

Con situación tan penosa  
Llegué a familiarizarme,  
Y hasta la encontré sabrosa,  
Sin cuidarme de otra cosa  
Que estar tendido y rascarme.

Falta de fuerza y de acción  
Mi sangre, ya entumecida,  
Con lenta circulación,  
Me arrastraba a la inacción;  
Se me agotaba la vida.

Mi goce más deseado  
Era el sueño a grandes dosis,  
Y mi cuerpo demacrado  
Estaba ya extenuado  
Por la anemia y la clorosis.

La lectura era imposible;  
El ejercicio, quimera;  
Llegó a hacérseme insufrible  
Del ave el canto apacible  
Y el verdor de la pradera.

De la flor en el aroma  
Hallaba cáustica esencia;  
Cansancio al subir la loma,  
Amargo en la dulce poma  
Y fastidio en la existencia.

El rumor de la cascada  
Convirtiose en ruido fiero;  
Tristeza hallé en la alborada,  
Lobreguez en la enramada  
Y en todo funesto agüero.

Tal era mi situación,  
Cuando, al saberla, un amigo  
Llegó lleno de aflicción,  
Diciendo: -Sin remisión  
Ahora te llevo conmigo.

Aún es tiempo todavía.  
-¿A dónde llevarme quieres?  
Dige con melancolía.  
Y él contestó: -¡A tierra fría,  
Que aquí te mueres, te mueres!

Salgamos ya sin demora.  
-Pero, hombre, por Belcebú...  
-Aquí la muerte es traidora.  
Mátete Dios en buen hora;  
Pero no te mates tú.

Y, sin dejarme pensar,  
Puso en orden mi equipaje,  
Mi mula mandó ensillar,  
Y ayudándome a montar,  
Emprendimos el viaje.

Con un pié ya en el estribo  
Y el alma desencantada,  
Estos renglones te escribo.  
Salgo más muerto que vivo.  
¡Huye de tierra templada!

Colombia, Agosto de 1881.

### CARTA III

#### *Sobre las delicias de tierra fría.*

Respiro al fin. Sobre la verde loma,  
De opulentos trigales matizada,  
En púrpura teñido Febo asoma.  
De purísimas perlas adornada  
La flor despide su fragante aroma  
Por el rayo de luz acariciada,  
Y en su cáliz henchido de ambrosía  
Recibe el casto beso que le envía.

El amoroso llanto de la Aurora  
Convertido en vapores se levanta  
Y el aterido páramo decora,  
Todo a mi alrededor la vista encanta:  
Brilla la nieve allá deslumbradora,  
Que el duro lecho sin cesar quebranta,  
Y de la roca oculta entre la breña  
El cristalino arroyo se despeña.

De la humilde cabaña del labriego  
En gallarda espiral el humo asciende;  
La familia agrupada junto al fuego  
la yerta mano hacia la llama extiende;  
De espesa leche el tarro llega luego  
Que por la espuma su calor desprende,  
Y los peones van, uno por uno,  
Recibiendo el sabroso desayuno.

La pareja de bueyes enyugada  
La voz del labrador tranquila espera;  
La tierra no está seca ni mojada;  
Sale el indio, calada su montera;  
Y, lanzando a su yunta una mirada  
Paternal, cariñosa y placentera,  
Se hace una cruz desde la frente al pecho,  
Y emprende su camino hacia el barbecho.

Recatando del viento la megilla,  
Poco después, en su chircate (5) envuelta  
Con sombrero raspón (6) y ancha mantilla  
Al cercano redil la india da vuelta;  
El rocío en las hojas ya no brilla,

Y al verde prado las ovejas suelta;  
Ella las sigue por doquiera ufana,  
Hilando un copo de menuda lana.

En tanto yo, sobre mi potro altivo,  
Delante el perro, la escopeta al lado,  
En la sabana (7) un círculo describo,  
La torcaz persiguiendo apresurado;  
Y, aunque en el burdo bayetón (8) cautivo,  
El plomo alguna vez sale acertado,  
Y a la hora de almorzar vuélvome a casa  
Con envidiable humor y hambre no escasa.

Hecha la digestión con un paseo,  
Tranquila el alma y de placer henchida,  
Sin que nadie me turbe, escribo o leo,  
Gozando por completo de la vida,  
Al declinar la tarde, me recreo  
Con la nube de púrpura teñida,  
Donde la ardiente luz del Sol refleja  
Y una erupción volcánica semeja.

Por la noche, aunque el lecho está algo frío,  
Con mi propio calor pronto lo templo;  
Allí del mundo y su ambición me río,  
Y libre de su influjo me contemplo.  
El sueño viene al fin; ya no soy mío;  
Y, cerrados los ojos, no hay ejemplo  
De abrirlos, sin que, entrada la mañana,  
Pase un rayo de luz por mi ventana.

El tiempo está sereno y delicioso;  
Del páramo (9) no sopla el viento helado;  
La brisa matinal me hace dichoso  
Y salgo a respirarla embriagado.  
Con esta vida activa y de reposo  
Me voy poniendo gordo y colorado.  
¡Existencia feliz! yo no sabía  
Que se gozara tanto en tierra fría.

Aquí, a nueve mil pies sobre los mares,  
No hay ya reptil de venenoso diente,  
Ni insectos insufribles, que a millares  
Infestan lo templado y lo caliente.  
Lo mismo en la campiña que en sus lares  
Descuidada y feliz vive la gente,



Sin temor de una muerte prematura  
Causada por leve mordedura.

Todo cuanto apetezco y necesito  
Lo encuentro en abundancia incomparable;  
Comidas succulentas, apetito,  
Sueño reparador, inalterable;  
Y como a honestos goces me limito,  
Disfruto una salud tan envidiable,  
Que, a pesar de mis muchos desengaños,  
Quiero y pienso vivir hasta cien años.

Colombia, Septiembre de 1881.

#### CARTA IV

*Sobre los inconvenientes de la tierra fría.*

¡Ciérranme esa ventana, que me hieló!  
Pónganme aquí, a los pies, una frusada (10)  
Siquiera la del último sirviente;  
No importa, la paciencia ya me falta...  
He aquí la exclamación, que a cada paso  
Mi labio triste con dolor exhala.  
Van dos meses eternos que la lluvia  
Ha convertido en lago la sabana;  
No hay más variación que densas nieblas  
Y horribles, destructoras granizadas.  
Cerrado está el camino a la parroquia  
Y nuestras provisiones ya se acaban...  
¡Oh! cuán lenta circula por mis venas  
La sangre con el frío coagulada.  
Y ese viento del páramo incesante,  
Y ese manto de nieve que amenaza  
Sepultar nuestra mísera vivienda...  
¡Cómo las ilusiones nos engañan!  
Si al lado del hogar busco un abrigo,  
El humo, que me asfixia, me rechaza;  
Si demando calor al movimiento,  
Apartarme no puedo de mi estancia,  
Por doquiera es el suelo una laguna  
O un cenagal profundo que me espanta.  
¡Qué situación! Perdona, amigo mío,  
Que, a pesar de mis años y mis canas,

Seducido otra vez por apariencias,  
Sufra de nuevo decepción amarga.  
Esta vida no es vida, es peor que muerte;  
Es el vacío aterrador... la nada,  
Las escenas de idilio, que hace poco  
Mi candorosa pluma te pintaba,  
Nacieron en mi pobre fantasía,  
Y al fin la realidad vino a borrarlas,  
Y la espumosa leche me repugna,  
Servida en negra y miserable taza.  
El establo y redil, que a mi aposento  
Están harto cercanos por desgracia,  
Hácenme respirar a todas horas  
Una atmósfera fétida y pesada.  
Aquí no se conoce la limpieza;  
Un invencible horror tienen al agua,  
Y sólo la utiliza en la chicha (11)  
Con que constantemente se embriagan.  
La mujer que me sirve el alimento  
Tiene corteza ya dura y coriácea,  
Formada por el humo y por la mugre,  
Que al olfato repugna a gran distancia  
Ya de mis ojos huye el grato sueño,  
Que en tiempo más feliz me acariciaba;  
Las pulgas, refugiadas por millones  
En mi lecho de juncos y de cañas,  
Y otros insectos viles y asquerosos,  
Que conserva el indígena y propaga,  
No me dejan dormir ni un solo instante,  
Mi sangre encienden, mi paciencia acaban...  
Por único alimento sólo resta  
Una especie de engrudo o de argamasa,  
A que el nombre le dan de masamorra (12)  
Invención tan absurda y endiablada,  
Que nadie, si se come o si se bebe,  
Puede afirmar con plena confianza,  
.....  
Ya el catarro nos tiene consumidos;  
No ha perdonado víctima en la casa,  
Y hay un coro de toses perdurable,  
Sin momentos de espera ni de pausa.  
.....  
Hoy no puedo moverme de mi lecho.  
¡El reuma articular! ¡Oh, suerte aciaga!...  
pero mi amigo y salvador ya llega,  
Venciendo hasta imposibles su constancia.

Los brazos a mi cuello, silencioso,

Echa, al verter una furtiva lágrima,  
Y da la orden expresa a seis peones.  
Seis Hércules, diré, que lo acompañan,  
para que el guando (13) al punto esté dispuesto  
A sacarme de aquí sin más tardanza.

-¿A dónde me conducen? le pregunto.  
Donde a tu horrible mal remedio se halla.  
¡A la tierra caliente!- Dios lo quiera.  
¡Basta de tierra fría... basta, basta!  
-¿Está ya todo?- Todo. -Adiós, amigos.  
-Muchachos, un buen trago. ¡Arriba! ¡En marcha!

Colombia, Septiembre de 1884.

## CARTA V

*Sobre las ventajas de la tierra caliente.*

Ahora sí, no me engaño,  
Amigo, éste es el colmo  
Del bien que ansiar pudiera  
El ser más ambicioso.

Treinta grados centígrados  
Marcando está el termómetro.  
Lento corre a mis plantas  
Un río caudaloso,  
Y extensa platanera  
Con murmurio sonoro  
El blando sueño arrulla  
Que hace entornar mis ojos.  
Los anzuelos y redes  
Nos dan en grande acopio  
Bocachicos y bagres, (14)  
¡Alimento sabroso!

Guacharacas y pavas (15)  
Y paujies (16) y loros  
Y guacamayos lindos  
De colores vistosos  
Pueblan las arboledas

Que nos sirven de toldo,  
Y ya alegran los ecos  
Con su canto sonoro,  
Ya sirven en la mesa  
De manjar delicioso.

Las garzas y los patos.  
Cruzan de un lado a otro,  
O en la arenosa playa  
Forman grupos armónicos,  
Que dan vida al paisaje  
De matizado fondo.

El yucal (17) nos ofrece  
Sin un trabajo incómodo  
Sus frutos sazonados,  
Blancos y tuberosos;  
El arrozal, su espiga;  
La caña, el dulce pródigo  
Con que el fresco guarapo (18)  
Fermenta en odres hondos.

Del plátano el racimo  
Doblega el tallo herboso,  
Y a las manos se viene,  
Ya amarillo cual oro  
Y almíbar destilando,  
O ya duro y verdoso,  
Del pan émulo digno,  
Asado entre el rescoldo.

Nuestro apetito sacian  
El viudo y el sancocho (19)  
Sirviéndonos de plato,  
Limpio siempre y lustroso,  
Del plátano las hojas  
Cercanas al cogollo.  
Del caney (20) en el centro,  
Tendido en mi chinchorro (21),  
Fumo el mejor tabaco  
Que produce el contorno.

Mi ligero vestido  
No me sirve de estorbo,  
Pues sólo uso las prendas  
Que me exige el decoro.

Por tarde y por mañana  
Tomo en el río undoso  
Un baño placentero  
Para entonar mis órganos;  
Duermo una larga siesta,  
Cuando el sol cae a plomo,  
Y alégranme en la noche  
De mis vecinos todos  
Las traviesas muchachas  
Con sus rendidos novios  
Que bailan ya el bambuco (22),  
Ya el torbellino (23) airoso,  
Acompañando el tiple  
y el alfandoque (24) ronco  
Sus dulces movimientos,  
Sus cantos voluptuosos.

¡Qué vida! ¡Esto sí es vida!  
¡Bien hayan de los trópicos;  
La paz nunca turbada,  
Los días calorosos,  
La molicie envidiable...  
Hasta para un canónino!  
Ven a tierra caliente,  
Si quieres ser dichoso,  
Y vivir sin cuidados  
Del placer en el colmo.

Alimento, vestido,  
techo feliz y umbroso  
Los da Naturaleza,  
Con un afecto insólito,  
Al ser, por Dios creado  
Para gozar de todo.

Aquí, para ser rico,  
Es inútil el oro:  
El suelo, el agua, el aire.  
Nos brindan bondadosos  
Inagotables frutos,  
Espléndidos tesoros.

La sombra de una palma  
De penacho vistoso,  
De una copuda ceiba (25)

O de un cámbulo rojo (26)  
Vale más que el palacio  
En que el arte orgulloso  
Ha aumentado el fastidio  
Del que vive en el ocio  
De las ciudades míseras  
Entre el cieno y el polvo.

En fin, amigo mío,  
Si quieres ser dichoso,  
Ven a tierra caliente;  
Y, si vienes, ven pronto;  
Que aquí nada nos falta  
Para ser venturosos.

Colombia, Octubre de 1882.

## CARTA VI

*Sobre las desventajas de la tierra caliente.*

¡No puedo más! ¡Estoy desesperado!  
Este clima no es clima para el hombre.  
Aquí todas las plagas se han juntado,  
Y es un infierno con distinto nombre.  
Do quier que uno se mueva,  
Halla enemigo cruel que lo persiga:  
Si de alejarse trata  
Diez pasos del hogar, en él se ceba  
Ya en ruda enjambre despiadada hormiga,  
Ya tenaz e invisible garrapata.  
Si a coger una fruta  
El capricho o la sed la mano lleva,  
Con su aguijón punzante  
La ansiosa avispa audaz se la disputa,  
Cuando no se revuelve y aun lo acosa,  
Erguida en espiral y amenazante,  
Alguna horrible sierpe venenosa,

Si en la mitad del día  
Treguas a mi dolor pido a Morfeo,  
Despiértanme con terca algarabía  
El constante gruñir de los marranos,  
De la inquieta gallina el cacareo,

(Pues viven con nosotros como hermanos),  
O el estridente son de la chicharra  
Que los oídos míseros humanos  
Aturde sin piedad, rompe y desgarrá.

A veces, cuando al sueño ya rendido  
Busco en la noche el plácido sosiego,  
Entran de pronto a atormentar mi oído  
Turbas de extraña gente,  
De quien en mi alma con furor reniego,  
Que cantan y que tocan y que bailan  
Con infernal ruido  
Y un entusiasmo bárbaro y creciente,  
Y cuando ya su efecto ha producido  
El guarapo mezclado al aguardiente,  
Crece el ardor, el huracán estalla,  
Y la fiesta conviértese en batalla.

Otras, cuando dormido voy quedando,  
En lugar del gegén (27) de dardo agudo,  
Con la nocturna sombra llega luego  
El molesto zancudo (28)  
De cuya horrible música reniego;  
Chinches y pitos (29) vienen a montones  
A clavarme sus fieros agujijones  
Y mi sangre chupando,  
Dejan sobre mi piel ronchas de fuego.  
Otras veces, del techo removido  
Por el ratón inquieto o la culebra,  
De quien es codiciado y perseguido,  
Gran lluvia de alacranes o escorpiones  
Sobre mí se desata y dolorosa,  
Herida me abre su uña ponzoñosa.

Del techo y las paredes las rendijas,  
Que franco y libre paso  
Dan a mil repugnantes sabandijas,  
Permiten que el murciélago asqueroso,  
De vuelo silencioso,  
En mi estancia famélico penetre,  
Y cual ladrón osado,  
Junto a mis pies con precaución posado,  
A morderme se atreva,  
Y, mientras duermo yo, mi sangre beba.

¡Horrible batalla! Por la mañana

Encuéntrome molido y fatigado.  
Mi sangre hierve, mi cerebro arde;  
Corro al bario a buscar un lenitivo,  
Y el aguijón me espera de la raya (30),  
Con su veneno activo  
Entre el fango o la arena de la playa,  
Cuando no del caimán (31) el corvo diente,  
Para coger mi cuerpo  
Con su tenaza poderosa y dura,  
Hundirme en la corriente  
Y en su estómago darme sepultura.

Al desabrido y bárbaro brevaje,  
Que es de esta tierra el único alimento,  
De acomodarme trato;  
Pero a un tiempo con fuerza lo rechazan  
Mi paladar, mi estómago y mi olfato.  
Vencer mi repugnancia en vano intento,  
Y ¡ay! en vano también al cielo imploro  
Que me vuelva el instinto primitivo  
Y los gustos sencillos del salvaje.  
El guarapo a beber ya no me atrevo,  
Porque apenas lo bebo,  
En licor corrosivo se convierte.  
El sancocho y el viudo  
Cáusanme indigestiones dolorosas.  
En balde de un lugar a otro me mudo;  
La humedad y el calor do quier elevan  
Mortíferos miasmas  
Que la pesada atmósfera envenenan;  
Y la fiebre, minando mi organismo  
Debilitado, lánguido e inerte,  
Abre a mis pies profundo y ancho abismo  
Y hacia él me empuja en brazos de la muerte.

¡No más! Aquí me espanta mi destino:  
El carate (32) y el coto (33)  
Asoman ya en mi faz y en mi garganta;  
Mi efigie demacrada y macilenta  
Es de la humana forma  
Sarcasmo peregrino;  
Mi cuerpo no es ya más que una osamenta  
Oculta entre arrugado pergamino.  
Un paso más, un palmo, una pulgada,  
Y tornarase en polvo, en humo, en nada.



Colombia, Marzo de 1883.

## MIS ESPERANZAS

*Conclusión de la zona intertropical.*

¡Oh, dulce aire natal! brisa amorosa  
De la sierra Morena y la Rondina (34);  
Del Guadaira y del Betis (35)  
Margen fresca y umbrosa;  
Florida primavera,  
Cuyo aliento purísimo reviste  
De perfumada alfombra la pradera;  
Tesoro de la mies, pródigo estío,  
Con tus bellas y alegres excursiones  
A la era polvorosa,  
A la orilla del mar o al claro río;  
Lánguido otoño, cuya sien corona  
Abundante guirnalda  
De frutos de Sileno y de Pomona;  
Invierno deseable  
Con tu cortejo amable  
De espectáculos bellos,  
Donde luce en artísticos destellos  
La ardiente inspiración del genio hispano:  
Cadena de saraos suntuosa,  
Donde la grata, femenil belleza  
Entre esplendores brilla,  
Para ostentar al mundo  
El donaire, la gracia y gentileza  
De las apuestas damas de Castilla...

¡Ay! yo anhelo volver a tu regazo,  
Patria siempre adorada,  
Y a mi pecho, estrechar con tierno abrazo  
La familia hartos tiempo abandonada,  
Los amigos queridos  
Que en la dicha conmigo disfrutaron,  
Y que en la amarga pena  
El llanto de mis ojos enjugaron.  
Quiero posar mis labios amorosos  
Sobre el altar en que por vez primera  
Su sentida plegaria  
Me enseñó a pronunciar mi tierna madre;

Besar la triste losa funeraria  
Que oculta las cenizas de mi padre;  
Reposar a la sombra del olivo,  
Do en mi niñez la frente refrescaba,  
Al esquivar del sol el rayo estivo.

Quiero, en la misma fuente,  
A que llegué cien veces fatigado,  
Por una vez siquiera  
Beber arrodillado,  
Y en su linfa apagar mi sed ardiente.  
Quiero posar mis pies en la pradera  
Que feliz en mi infancia recorría;  
Ver el jugar amado  
Donde, al volver del África ardorosa,  
Su nido un año y otro suspendía  
Alegre y placentera  
La golondrina cándida y parlera;  
y contemplar a Oriente y a Occidente  
El sol que con sus rayos me inundaba;  
Que, al nacer, en las tímidas violetas  
Del rocío las lágrimas secaba,  
Y, al espirar el moribundo día,  
En sus tintas de fuego me envolvía.

Quiero alegrar mis ojos  
Con la flor del almendro y del manzano,  
Cuando la savia a circular empieza,  
y deja el campo su sudario triste,  
Y con matices rojos  
Espléndido y galano,  
para dar más realce a su belleza,  
su rico y verde manto se reviste  
Nuestra madre común, Naturaleza.

Quiero ver los montones  
De la segada mies en el verano,  
Llenar el ancha era,  
y henchir las trojes con el rubio grano;  
Y luego en el lagar la fruta eximia,  
Que da el mosto en la prensa a borbotones,  
Aumentando el placer de la vendimia;  
Y cojer del nogal y del castaño  
Y otros árboles bellos  
Del otoño los frutos sazonados  
Y con ávidos ojos contemplados

Des que empezaron a brotar en ellos.

Quiero junto al hogar, que nunca olvido,  
Pasar las largas noches  
Del invierno inclemente,  
Viendo al tronco de encina ya encendido  
Lanzar su llama ardiente  
Entre el humo sutil que al aire sube  
Y forma en el espacio densa nube.  
Quiero, de mi familia rodeado,  
Saborear del delicioso moka  
A sorbos una taza bien caliente,  
Mientras la lluvia en el cristal golpea,  
Y en la herrada ventana inútilmente  
Por penetrar el viento forcegea.

Allí, todos pendientes de mis labios,  
Quiero contar la peregrina historia  
De mis largos viajes,  
y cómo entre las tribus de salvajes,  
Cuyo recuerdo es grato a mi memoria,  
Sin recibir agravios,  
Viví siempre contento,  
Lo cuál es vano intento  
A veces entre cultos y entre sabios,

Quiero, por no, cuando la frágil nave  
De mi agitada, efímera existencia  
En el puerto fatal su curso acabe,  
Depositar mis restos  
En tierra por los míos bendecida;  
Donde, al llegar al borde de mi losa,  
de alguna oración corta y sentida,  
alguien pronuncie con amor mi nombre,  
Y diga a los demás. «Aquí reposa»;  
Donde, en pos de una vida humilde, honrada,  
Al dejar de este mundo los desvelos,  
Descansaron mi padre mis abuelos.

Colombia, Octubre de 1885.